PUEDO ESCRIBIR LOS VERSOS MAS TRISTES ESTA NOCHE

POR

FELIX GRANDE

Vals roto *

Esta es la huerta en donde comencé a aprender esa inmensa ignorancia de estar solo. Recuerdo a un chico con mi nombre que aquí se refugiaba como en el territorio de un vals desarrapado, inane. Venía desde el conflicto prematuro, con su pequeña edad agarrotada como un tendón: y merodeaba por entre los frutales ambicionando que ocurriese un milagro: mordido por la loba de la desposesión. Sentado bajo el albaricoque o apoyado sobre el manzano, jugaba a imaginar un futuro con paz, con miel, con abundancia. Convertía la huerta, aquella majestuosa detonación de luz, en su primer guarida: era ya el título de este relato pavoroso que mis años escriben en la espalda de una mudez paciente que se llama los siglos. Esta es la huerta en donde una frente indefensa reflexionaba sobre las heredadas desgracias familiares, las remotas estrellas, los entierros, el tiempo, el sobrecogedor mecanismo del mundo. Después vendrían poemas de sed y de castigo, años cuarteados como tinajas, sucesos tan implacables como consecuencias. Dicen que hay seres que han tenido una infancia feliz: ésta es la huerta donde vi cómo se marchitaban las primeras capas mullidas de la realidad y donde hallé la veta de escozor, el subterráneo con rumor de origen, el aquelarre del destino.

Huerta de la memoria y fuente eterna del desencanto: el pozo se cegó con piedras, el muro quedó desmoronado, pudriéronse las manzanas y otras frutas aún más relucientes.

* Plagio y variación de una página de HERAUD (Cfr. *Poemas de Javier Heraud*, Casa de las Américas, La Habana, 1967, pp. 107 y 108).

Sólo quedan algunas uvas: ¡hacer con ellas vino y tragarlo con avidez para olvidar aquella huerta, aquel desatinado principio, el matrimonio de la miseria y de la edad, el albaricoque y la vida! Uvas de olvido de una vez por todas.

El vino viejo

Tú volverás a la miseria. Hace algún tiempo, ella era tu mansión y verdugo. ¿Cómo lograste, embustero menesteroso, acorralarla en el desván? Llena de polvo, oxidada de soledad, ella te aguarda en el pasado, ese reloj total y movedizo, desconcertante como un abuelo mudo que con sus ojos nos infama o traduce. Lograste distraerla, apartarla, pero no destruirla: tú y la miseria tenéis un pacto de aniquilación. No sé qué habilidad, qué coraje o qué cobardía te levantó por encima de ella, hasta ayudarte a asomar la cabeza y la vida por el tráfago de las grandes ciudades, por el milagro de la piel, por la amistad frutal, los aeropuertos, los proyectos, el rito de la permanencia, la ceremonia inusitada de la conversación. Tuviste un tiempo de esplendor. Cartas, personas cruzando tu puerta, cosas umbilicales, orgullo. Tuviste un núcleo provisorio al que nunca llamaste felicidad porque no se sobresaltara. Y dura todavía. Mas se asemeja tanto a una venganza como un beso desesperado. Y todo cuanto te haya dado la existencia condescendiente se ha de volver intolerable el día que adviertas que a tu miseria, a tu compañera, jamás la derrotaste. Apartará sus pátinas de polvo, emergerá desde un olvido tan poblado como el silencio que precede a los juramentos, se sacudirá la soledad como un resto de hormigas rojas, y avanzará hacia ti, sonriéndote, acaso con misericordia. Comprenderás entonces que ya no hay solución. Y os sentaréis junto a una mesa de una taberna sucia, pedirás la botella y dos vasos: y comenzarás a beber, un trago sobre otro, tu destino. Habrá empezado, irreversible, tu vejez, tu disolución, tu verdadera concepción del mundo. Tal vez un tercer contertulio —la serenidad o un borracho desconocido— os acompañe en esa fiesta que silenciosamente se viene disponiendo para ti, solitario. Beberás del más viejo vino: despacio, pues no existe prisa en la nada. Hoy, todavía desde el esplendor, veo tu mano

y el vaso y la botella, en el contraluz del futuro. Veo esa taberna y su rincón. Veo el lavabo pobre adonde bajarás a orinar con paciencia.

Adolescencia

¿Para qué has vuelto? Se diría que tiene espinas el olvido. ¿No podías permanecer allá, te quemas? Se diría que el olvido te abrasa como una escarcha taciturna. ¿Cómo conseguiste escapar? ¿Tenía el olvido algún agujero, alguna pared débil que no supe prever? ...Qué ilusión: se pasa uno la vida huyendo de quien ha sido alguna vez, huyendo de su imagen más triste, de su imagen más derrotada, y de pronto aquel derrotado atraviesa este páramo de años, y vuelve. Y estás aquí ante mí, mirándome con ese gesto alucinado de suicida que no quiere morir. Diez años huyendo de ti: diez años. Y ahora vuelves y me saludas: créeme, es espantoso.

Te recuerdo muy bien. Ibas enfebrecido, como Mitia Karamazovi, pero con peor salud. Y no tenías dinero ni alegría. Nunca silbabas. Taponabas a tu desolación con grandes cuencos de aislamiento, metiendo pañuelos en el agujero para que la hemorragia de espanto no fuese advertida: pues eras orgulloso. Has caminado todas las calles de Madrid, todas las plazas, a todas las horas, tirando de tu desconcierto como de un fardo descosido. Te parecías a tus ideas, así como un aullido es semejante a un ramo de flores de muerto. Hermano, qué siniestra era tu poca esperanza. Deslizándote por los barrios, deseando las remotas mujeres, sin otro amigo que tu insomnio. Y eran las madrugadas como liegos baldíos, llenos de cardos mitológicos... ¡Y el lecho! El lecho era tu peor enemigo: en él te esperaban tu día huracanado, tu neurosis y el suicida que combatías, y además un silencio gelatinoso como un magma de monstruos: no cabíais todos en el lecho, te echaban tus horrorosas posesiones, salías de nuevo hacia la inhóspita ciudad. Chirriaba tu existencia en todo su engranaje, falto del dulce aceite de la felicidad.

¿Cómo te pude arrinconar? Nunca he sabido cómo logré salir de ti, igual que el fruto de un alumbramiento, entre sangres, y huirte, y alejarme a la distancia de diez años, y res-

pirar hondo, olvidándote. Ya me ves: hoy tengo treinta años, me he casado, una hija mía comienza a reunir frases, me despide desde la puerta, en argentino, chao. Ya lo ves, tuve suerte en mi profesión. Algo mejor: de algún modo logré ser lo suficientemente fuerte como para amar mucho, sin cautela. Pues que no me estorbabas, pues que habías quedado rezagado en el pantano del pretérito, pude tener amantes, recorrer cuerpos de mujer, ser dichoso. He sido tan fuerte como para poder desear la felicidad para mí y para todos: empezaba a pensar que merezco vivir. Era amado, ¿comprendes?, yo era amado como un ser humano, yo tenía amor y amigos. Me escribían cartas, venían a verme, era recibido. Varias mujeres han querido vivir conmigo, y yo vivir con ellas. Vivir había llegado a ser una maravillosa venganza: contra ti, monstruo, hermano. Contra ti, derrotado, que ahora vienes con toda tu derrota, como la ola de una deuda antigua, y me miras con aquel silencio infeccioso.

¿Cómo pudiste regresar? ¿Para qué has vuelto? ¿Y por qué no te vas? ¿Es que no ves que me das miedo? No me absorbas ya, monstruo. Salí de ti: ¿por qué quieres ahora que me reintegre a tus entrañas? Me abrazas demasiado fuerte, monstruo, me ocultas. Vuelvo dentro de ti, maldito. Hermano, ten misericordia, devuélveme la libertad. Canalla, no me lleves contigo. No quiero, hijo de perra. No quiero, oh pobre criatura; ten por mí la piedad que yo tengo por ti. No me lleves, hermano; no me lleves contigo, canalla; no me lleves contigo, no me lleves, no me lleves, no me lleves, no me lleves.

Otra figura del insomnio

(Ana María: este madrigal al insomnio es también para ti.)

Mi vida más frenética, más enigmática y reunida, sucede hoy en esas horas lentas y altivas como el mar, tan silenciosas como un hilo negro, a las que llamo con el nombre pobre de insomnio. Maníaco, ayudado de pastillas y médicos, de torpes consejos y de un turbio rencor estéril, he combatido durante

años al frenesí parsimonioso de este velar, sin querer ver que en él mi soledad se iba transfigurando en una especie de macabra fortuna. Pues estas madrugadas, casi estalladas de silencio y verdad, a cambio de unas migajas de salud, me dan mucho: traen nombres y fantasmas de nombres; me aproximan el pezón donde bebo el raro caldo de la necesidad de amar, y me sacio; me traen mi miedo, del ronzal, que llega casi pensativo, como un cabeceante caballo del invierno; me traen el vértigo del tiempo, inusitado, sin un solo apellido; me traen un sobresalto de distancia, picoteada de galaxias y de interrogaciones; me traen, oh diosmío, trigo sin pan, peines rotos, botones caídos, deseos sísmicos y turbulenta pesadumbre: me traen el rostro de toda mi memoria; abarrotada como un mapa e injuriada por las premoniciones. Me traen mi inapelable y escocido abrazo con el universo.

Miro entonces mis pies y mis rodillas, mi sexo y mis cartílagos; miro de arriba a abajo esta fraterna máquina de morir, Y recuerdo los lechos en los que celebré conmovida y furiosamente al mundo, las palabras de amor o gratitud que dije o escuché como barricadas solemnes contra el ejército de la disolución, y recuerdo cuerpos y años, y veo que todo ha sido espléndido como una amistad, inservible como una máscara. Pues ¿qué buscaba, qué podía conservar, qué merecía?

Las horas hondas se me arriman a la conciencia y con tortura y generosidad me transforman mi tránsito en un alud de percepción: y entonces pareciera que al horror le nacen bisagras para sujetarse a sí mismo, que las carencias asumen los contornos de su barranco, que se amortigua la violencia de la esperanza, que la resignación se pudre, que el amor se desviste para mostrar su ingenua pústula de caridad. Y todo se puebla de pasos, de perfiles y contraluces, de formas y de resonancias, de sílabas mojadas, de encuentros ininteligibles. Y sobreviene una armonía innominable, llena de perfume y de azufre; y todo es natural y sombrío, y perverso, y emocionante.

Luego, después de esa cosecha misteriosa, de la que soy la espiga y la hoz y el cercén y el rastrojo, extenuado por la des-

mesurada coherencia, suelo limpiar el icono de ayuno y toda la porción de sed, y me quedo dormido, mientras sigue cayendo la vida sobre mi corazón, gota a gota, sin tregua. Y entra un folio de frío por las rendijas de mi dormitorio. Un folio blanco, oscuro.

La pantera

Esta pantera es mi hermana mayor. Rugió por vez primera cuando yo amaba aún todo cuanto me sucedía: escuché aquel rugido como algo que mè entregaba el universo. Nació así entre nosotros cierto cariño deshonesto e incomparable. Ella, desde su agilísima forma cubierta por el ébano centelleante, se acerca para seducirme con sus movimientos de acero: miro su brillo hipnótico lamentando la pobreza de mi poder y recuerdo las veces que nos hemos arrojado al pasillo, hermanados por el común deseo de la aniquilación. Nuestro incesto se va fortaleciendo gracias a un estilete de rencor en cuyo filo sonríe una ternura desconcertante: aprendemos que el odio es más sensual que la piedad.

Di la verdad a éstos. Diles que me defiendo de tus arañazos. Diles que mi mayor lujuria consiste en meditar tu destrucción. Diles que contraataco a todas horas con la insoportable esperanza de desmenuzar poco a poco tu compacta agresión, tu existencia, tu proximidad, tu memoria. Diles que me he servido, contra ti, de todas las armas: las mujeres, el trabajo, la música y millares de cigarrillos; los amigos y las palabras; el arte y el alcohol. Yo vivía como la palabra socorro. Yo vivía en legítima defensa. Usé todas las armas contra tu cabeza bellísima y oscura, todas las armas contra tu esplendor, todas las armas contra el desatino de tu inmortalidad.

Esta pantera es mi hermana mayor. Me vigila como un océano a la costa y me nombra por mis diminutivos. Yo la vigilo como un reo de muerte a los minutos, y le llamo Tristeza a falta de un nombre más vasto.

Inmortal sonata de la muerte

Desde hace muchos años suele visitarme de noche. Nadie sabe de dónde viene. Si existe en el espacio, al otro borde de los telescopios y de la menesterosa razón, una región donde el padecimiento emerge, sideral y enigmático, para avanzar después sobre los astros desvalidos, ¿es de allí de donde procede mi todopoderoso visitante? Sólo una cosa cierta sé: esa desolación es el producto de algo más bárbaro y extenso que mi modesta vida. Desde hace muchos años suele visitarme de noche. Maniático, suelo combatir su presencia con el modesto barbitúrico, o con un recorrido monótono por el extenuado pasillo de mi casa; o con una sangría de palabras, deformes de tristeza o de miedo. Pero es inútil como no morir. Vuelve a volver, mordisquea un poco más los cimientos de mi conciencia, atenaza suavemente a mis proyectos mojados de calendario humilde y derrama en mi corazón la música proterva de la muerte, la música proterva de los antepasados de mis desconocidos bisabuelos, la música proterva de todos mis herederos impasibles. Cientos de miles de lejanas flautas de caña interpretando la melodía del abandono al pie del lecho en donde habito en estas horas misteriosas: a veces me pregunto cómo será el concierto de solemne, de melódico y de increíble cuando vaya a morir. Todos los violonchelos y las guitarras, todos los clavecines, los óboes, los clavicordios y muchas y dulcísimas gargantas de mujer, en un himno majestuoso que podría traducirse así: en el océano de la vida y del tiempo, tú, criatura humana, sin saber ni una sola cosa que te sirva para ser inmortal, inmortalmente existes, a escasos años de tu disolución.

Al fin he descubierto el verdadero nombre del insomnio. Pasan los siglos como mansos bueyes, los acontecimientos como caballos con la crin dura por la velocidad. Pasan las canas en una multiplicación sistemática y clandestina. Pasa mi padre hacia donde le aguarda el suyo. Pasan todos cuantos conozco, todos aquellos que amo. Pasa la especie, donde habito. Pasa todo en silencio. Somos los lentos forajidos que inventamos los mitos, las religiones y la historia, el lenguaje y las drogas y el amor, únicamente porque sabemos que vamos a morir. Ahora sé que un abrazo lleva al fondo un pequeño violín de espanto,

una matriz de desconcierto. Y en la alta noche, a unos pasos de los antiguos y a unos pasos de nuestros futuros arqueólogos, nos sentamos sobre las mantas, ateridos de perplejidad y de emoción. Y algo gigante y cósmico nos acaricia un poco nuestra cabeza ebria, antes de que tengamos tiempo de llegar, como locos, al interruptor de la luz.

FÉLIX GRANDE
Alenza, 8
MADRID